



TIPACOQUE



E. CABALLERO CALDERON



EL ESPEJISMO DE TIPACOQUE

UNA MIRADA A LA OBRA DE EDUARDO CABALLERO DESDE OTRA PERSPECTIVA

CLARISA MARTÍNEZ BUSTAMANTE

janakindi@gmail.com

Martínez, Clarisa, 2011, “El espejismo de Tipacoque, una mirada a la obra de Eduardo Caballero desde otra perspectiva”, *Kogoró*, Medellín, vol. II, enero-junio, pp 42-50.

Resumen:

Este ensayo contiene una reflexión crítica al estilo narrativo de Eduardo Caballero Calderón sin demeritar el valor del autor y sus aportes a la literatura colombiana. Luego de un breve acercamiento a la biografía del autor, se emprende un recorrido a través de la obra *Tipacoque*, la cual recrea tanto la situación del campesinado de la época como la de los hacendados, dando cuenta del entramado de relaciones que se tejían en torno al territorio, estableciendo un paralelo con las semejanzas encontradas en otros sectores campesinos. El ensayo finaliza con una serie de observaciones personales sobre la narrativa del texto y la posición del autor, que encontraron eco en la opinión expresada por Ernesto Porras Collantes en “Construcción del carácter en la narrativa de Eduardo Caballero Calderón”.

Palabras clave: campo, campesinos, descripción, crítica.

Abstract:

This text has a critical analysis of the writing of Eduardo Caballero Calderon, without devaluing the author and his contribution to the colombian literature. After a brief approach to his biography we start a path through the book *Tipacoque*, which recreate the political situation of the peasants and landlords of that time, showing the complex network of relations in the territory. Defining a comparative point between different peasant populations. The text ends with personal observations about the narrative and the author's point of view. These observations found support in the Ernesto Porras Collantes's opinion as he explained on his book “Construcción del carácter en la narrativa de Eduardo Caballero Calderón”

“Desde el encomendero piadoso pero egoísta, hasta el moderno intermediario metalizado y frío, los que han pertenecido a un estrato superior al campesino se han sucedido para explotarlo. Aunque con honrosas excepciones, esta historia lleva ya 400 años”.
(Fals Borda. 1957:207)

Para emprender el viaje por su obra es necesario hablar un poco del autor Eduardo Caballero Calderón, quien nace y muere en Bogotá (1910-1993). Hijo del general Lucas Caballero, jefe del Estado Mayor Liberal en Cauca y Panamá durante la guerra de los Mil Días y de María del Carmen Calderón. Caballero se inició desde muy joven como periodista y escritor. Al culminar su bachillerato en el Gimnasio Moderno de Bogotá, ingresó a la Universidad Externado de Colombia y cursó tres años de Derecho, pero lo abandonó por el periodismo y la política. Desempeñó cargos diplomáticos en Lima, Buenos Aires, Madrid y París; fue encargado de Negocios en España (1946-1948), embajador de Colombia ante la Unesco (1962-1968), diputado a la Asamblea de Boyacá y Cundinamarca, representante a la Cámara (1968-1970) y alcalde de Tipacoque, en Boyacá (1968-1971).

Teniendo ya una pequeña idea de su biografía, podemos recorrer el paisaje boyacense que rodea a Tipacoque la hacienda de sus abuelos,

el cual además de ser descrito con gran preciosismo casi se puede reconstruir a través de los aromas que relata el autor, más aún para quien ha vivido el campo. La narración permite imaginar los caminos, el trapiche y su funcionamiento, los sembrados que Caballero detalla desde su perspectiva, a la vez que menciona la vida de algunos campesinos con una breve descripción de su atuendo, de sus conocimientos sobre los ciclos naturales, tradición oral, música y costumbres. Elementos con los cuales el lector puede hacerse una idea del contexto en el que se desarrollará la historia formándose una imagen idílica del campo y el campesino.

La narración no se desenvuelve en una temporalidad específica, transcurre desde recuerdos de la infancia del autor, comentarios de campesinos muy mayores que estuvieron durante años al servicio de la familia, hasta vivencias personales al regresar, ya no como el nieto de los “amos” sino como político reconocido. En ella habla sobre los alrededores

de la hacienda, sus límites, las relaciones del autor (más no de los campesinos) con otros poblados y claro está con los habitantes de Tipacoque, generalmente campesinos arrendatarios de ascendencia indígena. En la atmósfera, la discordia bipartidista dividía los pueblos aledaños, sin embargo aunque los dueños se declaraban liberales mantenían profundas relaciones políticas con la iglesia católica que ejercía una notable influencia sobre el campesinado a manera de lazo social como lo menciona Fals Borda en “El Hombre y la tierra en Boyacá” (Fals, 1957). Prueba de esto las largas estadías de monseñor que se instalaba en la hacienda acompañado de su séquito de seminaristas (Caballero, 1983).

Inicialmente la propiedad de la hacienda era un antiguo convento que pertenecía a los frailes dominicos, en 1580 pasa a manos de la familia Tejada en las que permanece durante 4 siglos. Según el autor, sus escrituras fueron autenticadas por funcionarios del rey Carlos V, de Felipe II, Carlos III; por los notarios de la corona, del virreinato, de la patria boba, del estado soberano de Boyacá, de la nueva granada y finalmente de la república de Colombia hasta la generación del autor. La casa es mostrada como un conjunto inmenso: corredores, grandes cuartos para familiares y huéspedes, cuatro patios enormes, uno para el huerto familiar, otro para recibir a los peones,

otro para la jauría de caza y otro para la pesebrera (Caballero, 1983); esta contaba además con una “venta para los caminantes”, estanque, jardín, establo de cabras, granero, además de la capilla y el cementerio familiar.

La economía de la hacienda se vio movida inicialmente a la producción de azúcar en la época de la bonanza a comienzos del siglo XX, pero cuando el precio cayó, esta usó los trapiches para la producción de panela, igualmente la tierra se usaba para pastoreo, siembra de maíz, trigo, tabaco y papa. Las estructuras de poder al interior de la hacienda eran un reflejo de la organización social del país a mediados del siglo XIX, constituyéndose como un pequeño Estado. Una estructura piramidal conformada por patrones o amos: La familia a la cual pertenece la hacienda era encabezada principalmente por los abuelos; luego por regidor nombrado por el alcalde de Soatá (municipio más próximo) para representar su justicia, pero realmente representa la de los Patrones; seguido por el administrador de la hacienda o mayordomo y finalizando con el jefe de trapiche quien vigila la planta y tenía a su cargo los sirvientes, peones y pastores de la hacienda.

A medida que se profundiza en el texto, la primera impresión de paraíso comienza a desvanecerse, si se mira desde la perspectiva de

los campesinos por supuesto. Es clara la relación de sometimiento y desventaja que viven estos a merced de los dueños de la tierra. Caballero comenta que a mediados del siglo XIX los pilares del trapiche que quedaban sobre el fogón, eran usados como cepo por los mayordomos de la hacienda para atar a los obreros revoltosos; en un espacio reducido, eran obligados a estar agachados en un mínimo espacio, ahogados por el calor de la hoguera. Estrategia que confiesa Calderón, era *necesaria* para mantener la disciplina, como es el caso de otro medio de escarmiento llamado “el muñequero”: una viga de 10 brazadas perforada a trechos que corría horizontalmente sostenida en los cabos por dos machones empotrados en tierra donde se plantaba al reo durante un día y una noche a la intemperie, quien quedaba en cuclillas, con los brazos presos por las muñecas entre los hoyos de la viga. Además de esto, a finales del siglo XIX se practicaba la “alfaquí”, tributo en el cual una vez al año, de cada 10 animales se le quitaba uno al campesino para el patrón, quien realizaba correrías en el vasto territorio recogiendo gran cantidad de animales para engrosar sus establos y despensas. En estas condiciones los campesinos se veían obligados a acercarse al patrón con una pequeña ofrenda de pollos o frutas para pedirle favores como el perdón por el atraso de un arriendo, el adelanto de un jornal o el préstamo de una yunta, estos eran llamados

litigantes y generalmente tenían que tratar al patrón de “Su Merced” hablando en tercera persona como muestra de sumisión y respeto.

Como se puede observar, la justicia se hacía en la misma hacienda sin intervención de alguaciles dada la distancia de dos meses de viaje para llegar a la capital. Los pleitos por medianerías¹ y servidumbres de aguas entre los arrendatarios se dirimían en la hacienda, al igual que los ataques entre peones, el maltrato a las esposas, el robo de panela, moler sin permiso de los amos, entre otros. En esta relación vertical, los campesinos buscaban presurosos como recurso más inmediato, la institución del compadrazgo con el fin de establecer alianzas con los amos, los vecinos ricos o el regidor. Fenómeno abordado por Wolf y también mencionado por Fals Borda como una búsqueda por reducir los riesgos y mejorar su estabilidad dada la hostilidad de la vida en la hacienda.

Superada la primera impresión se hace indispensable continuar por los parajes de Tipacoque a la luz de otros autores ya no de la literatura sino de la academia, a manera de análisis y comparación.

1 Este término hace referencia a la construcción de una pared, excavación de un foso o plantación de un seto vivo, destinados a la división de la propiedad inmobiliaria. Disponible en: <http://knol.google.com/k/derechos-reales-sobre-cosa-ajena>

A grandes rasgos la descripción que Caballero hace de la hacienda familiar y su funcionamiento, coincide con el sistema de las grandes haciendas en México descritas por Wolf (1976), por su ubicación en el altiplano donde había inicialmente gran concentración de asentamientos indígenas; la protección que el Estado brindaba a los hacendados; la mano de obra indígena residente en la hacienda y totalmente dependiente de esta; la existencia de una tienda al interior para la venta de víveres etc. Todo esto como parte de las estrategias de sometimiento de los hacendados para con los campesinos. Aunque en el caso de Tipacoque sean en apariencia menos evidentes, de igual manera podría incluirse dentro de la clasificación propuesta por Wolf en la comunidad corporativa cerrada, dado el rechazo de influencias externas que se presenta en los campesinos descritos por Caballero y la imposibilidad de acumulación individual mediante la cohesión de la hacienda (Wolf, 1976).

En la obra permanece latente pues, la influencia de los viejos paradigmas en los que se percibe al campesino como lento en el cambio de sus patrones de comportamiento, temeroso del mundo exterior, resignado a los designios de

dios² (Ortia, 1989) y apegado a las formas tradicionales, ejemplo de esto el intento fallido por parte de los amos de introducir un trapiche eléctrico en la hacienda Tipacoque. En el recorrido del texto se muestra el mundo campesino como armónico, quieto, casi perfecto, ubicando pues dentro de esa perfección no solo el apacible paisaje si no la estructura social que lo compone, basada en la diferencia de clases, en contraste con la ciudad caótica y en constante movimiento: “Allí todo es más lento, más parsimonioso, más tranquilo que en cualquier otra parte del mundo” (Caballero 1983, 34).

Esta novela muestra la perspectiva que el hacendado elabora, del territorio dedicado a la producción y de los campesinos dedicados a servirles en un orden inalienable. Es ineludible el corte oligarca del autor, esto se aprecia no solo en su biografía sino en su obra, en la cual naturaliza la pobreza e ignorancia del campesino en contraposición al poderío manifiesto del hacendado: “todo aquello tenía mucho de feudal, y los tipacoques aceptaban los castigos como fenómenos tan naturales e

2 El uso de minúscula en esta palabra es empleado adrede en el ensayo cuando no se trata de citas textuales, en aras de “decolonizar” el lenguaje replanteando algunas de las formas “correctas de escritura”. Es menos arbitrario y más respetuoso con otras creencias o no creencias, pues la mayúscula en esa palabra se ha usado comúnmente para distinguir el dios judeocristiano de otros dioses, asumido como el único verdadero. Ver definición 1 y 3 en: <http://www.wordreference.com/definicion/dios>

inexplicables y sin embargo tan legítimos ...”
(Caballero, 1983: 25)

De igual manera se puede apreciar un marcado contraste entre la casa grande de la hacienda y los humildes ranchos de los campesinos, que ocupan pequeños terrenos arrendados, cuyo control se encuentra sujeto a una autoridad externa aceptando roles subordinados dentro de redes jerárquicas (Wolf, 1955) en las que los hombres laboran en la siembras o el trapiche y las mujeres lo hacen como cocineras, niñeras o sirvientas.

Continuando con la clasificación de Wolf (1955), los campesinos mencionados pertenecerían al grupo de los campesinos pobres debido a su condición de arrendatarios, de tener mínima autonomía sobre el territorio y mayor porcentaje de deudas. Asumiendo que Caballero describe fielmente al campesino de su entorno, podría atribuirse a esta razón el carácter conformista y sumiso que se resalta en el texto, aunado a la falta de iniciativa para formar un movimiento social, ya que son los campesinos medios (aquellos que han tenido acceso a educación y a la influencia de corrientes comunistas o socialistas, que además dependen en menor grado del centro) los que tienen mayor motivación, recursos o conocimiento para movilizarse en pro de defender sus derechos. En ese sentido, el

desconocimiento de las oportunidades políticas sería entonces el mayor impedimento para que los campesinos se organicen y ejerzan presión (Wolf, 1955): “...ese grito de revolución que ellos desconocen, que no comprenden, que no dice nada a sus almas complacientes, silenciosas y esquivas” (Caballero 1983: 107). Fals Borda (1957) se remonta en la historia para encontrar el origen de esta situación inferior en la pirámide social para el caso de los campesinos boyacences, encontrado en la pasividad que cultivaron los antepasados campesinos durante la época colonial, manifestada en la docilidad política del campesino contemporáneo, especialmente entre los arrendatarios.

Hay algunos detalles que no son claros en el texto una vez se desvanece la ilusión óptica que produce esta obra sobre el lector: Los campesinos de los que se hace referencia no tienen origen ni historia, no se especifica si llegaron al lugar vía migración, o atraídos por una fuente de trabajo, más bien parece que hubieran sido incluidos los nativos como parte del paisaje cuando los Tejada compraron la tierra. Por otro lado, dentro de la descripción, los campesinos parecen desligados del contexto sociocultural que para Wolf estructura la forma de vida del campesino en relación a la urbe.

Cuando se habla de tipacoques no queda claro

si hace referencia a un gentilicio, a los trabajadores de la hacienda o a una composición étnica indígena, a la cual describe en términos despectivos recurriendo a comparaciones con animales o cosas: “tienen rostros achatados, cobrizos y primitivos”, “la tierra los fabricó con el mismo arte rústico con que ellos redondean y pulen una olla de barro”, “...los indios de Tipacoque por quienes yo tengo un inmenso cariño, como *si fueran míos*, y en esto me parece que hay algo del sentimiento con que mi abuela los miraba” (Caballero, 1983: 44). Lo que Porras denomina deshumanización del personaje, del cual se hace referencia por comparación mediante el juego de dos términos, humano el uno, animal, mecánico o cósmico el otro, merced a la progresiva identificación del primero y el segundo: La boca [de Santos], sin dientes, sabe sin embargo masticar tan bien como el hocico de una cabra, “y Baronio levanta la cabeza piojosa, la ancha boca se le abre como un chorote para derramar el aguamiel” (Porras, 1977).

Respecto a la tenencia de la tierra se ostenta su legitimidad al haber sido comprada a la iglesia católica, pero llama poderosamente la atención el hecho de evocar el programa de parcelación cuando se menciona a Santos (una criada muy querida en la hacienda) como la única de los Tipacoques que no quiso volverse propietaria

cuando vino la era democrática de la parcelación, alegando: “que le permitan trabajar su arriendo centenario, la tierra sea de los patrones, y dios sobre todos” (Caballero, 1983: 44) Dicho programa acaecido entre 1933 y 1935, consistía en la división de predios en disputa cuyas escrituras se hallaban en entredicho. O en palabras de Le Grand, consistía en una expropiación con indemnización de latifundios para subdividirlos en litigio entre arrendatarios y ocupantes permitiéndoles adquirir títulos de las tierras labradas con el fin de cancelar los conflictos y satisfacer todas las partes afectadas (LeGrand, 1988) lo cual denota irregularidades en los títulos de los hacendados.

Finalmente cabe resaltar que el ánimo de este ensayo no ha sido juzgar al autor, pues de manera consciente o no, solo reflejó la perspectiva del grupo social en que creció y al cual representaba. Sin embargo el sabor amargo de la discordancia que muestra este ejercicio académico con la imagen particular del campesino ilustrada en la obra de Eduardo Caballero, se tornó agrídulce al encontrar en el ya citado autor Ernesto Porras Collantes una visión semejante, reflejada en su obra “Construcción del carácter en la narrativa de Eduardo Caballero Calderón” en la que destaca como una suerte de oposición binaria la quietud, relacionada con el campo y la

naturaleza, respecto al movimiento característico de la ciudad asociada con la sociedad (Porrás, 1977). Dicotomía transgredida por la sociedad capitalista al mezclar “lo que —en opinión del amo— Dios hizo y quiso separado” (Porrás, 1977: 278) en la cual “el autor se incluye, en la posición de uno de los personajes, en un mundo de ficción desde una posición sentimental, pero con un claro alejamiento entre el yo del escritor y la turba de menesterosos ticapoques [...] desde los más cercanos — a su corazón — hasta los más alejados, el sujeto y el objeto” (Porrás, 1977: 296).

Collantes finaliza su crítica argumentando que el relato habla del perfecto campesino, que cumple con aquello para lo que fue creado: Braulio, para moler la caña en su trapiche, Cabrencio para cuidar los rebaños menores... Tránsito, Siervo... todos, para trabajar eterna e inmutablemente en las propiedades del señor. Y el señor, para mandar, desde su hamaca. Todo parece ordenado hermosa y armónicamente a natura (para garantizar la descansada vida del señor feudal) (Porrás, 1977). Lo cual coincide en gran parte con la visión ya expuesta a lo largo del ensayo.

Queda el ánimo de tomar esta reflexión como referencia para abordar los textos desde diferentes perspectivas, en la búsqueda de

detalles implícitos que dan cuenta del contexto cultural, político y social que rodean tanto a las obras como a sus autores, sin olvidar que en gran parte, son producto de una visión permeada por el momento histórico en que fueron creados.

Bibliografía:

- Caballero, Eduardo. 1983. *Tipacoque*. Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá
- Fals Borda, Orlando. 1957. *El hombre y la tierra en Boyacá*. Bogotá
- Ortiz Sutti. 1989. *Reflexiones sobre el concepto de la cultura campesina y los sistemas cognoscitivos campesinos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Porrás Collantes, Ernesto. 1977. *Construcción del carácter en la narrativa de Eduardo Caballero Calderón*. Consultado en:

cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/32/TH_32_002_061_0.pdf

- Wolf, Eric. 1976. *Las luchas campesinas del siglo XX*. México. Siglo XXI Editores.
- Wolf, Eric.R. 1955. Una tipología del campesinado latinoamericano. Traducción de Mariano Garreta de *American Anthropologist*, Vol. 57 N° 7.